

El reciente Congreso de Escritores de Las Palmas —convocado

Y DALE CON «LATINOAMERICA»

«...en fin, que la "raza latina" en México —concluía Chevalier— tenía que ser

con una buena fe tan evidente como los errores que presidieron la elección de los invitados— ha ofrecido una tabla de valores y de contravalores, de presencias y de ausencias (éstas, las más sonadas) cuyo análisis podría ser útil para un estudio sociológico cultural de nuestro tiempo.

No voy a intentarlo ahora por muchas razones entre las que destaca la complejidad del tema, su dudosa oportunidad polémica y, por encima de ello, la problemática permanencia en el recuerdo de un suceso que, por encima de su condición cultural, pareció presentarse como un acontecimiento político.

Pero me tienta ahora recoger un solo aspecto. En el «Congreso de Escritores de Lengua Española» (así se titulaba), nuestros invitados trasatlánticos utilizaron bien pocas veces la palabra «español», aplicada a la lengua, sin duda siguiendo los ejemplos de los maestros hispanoamericanos —Andrés Bello, Rufino J. Cuervo, Marcos Fidel Suárez, Rafael María Baralt, Arturo Capdevila— que preferían la locución «castellano», fieles, sin duda, a la tradición mantenida por la Real Academia que así titulaba sus gramáticas y diccionarios desde su fundación en el siglo XVIII hasta hace medio siglo.

Como es bien sabido, el criterio de la docta casa ha cambiado en favor de «español», acogiendo a razones de antonomasia, instando a los poderes públicos para que se adopte en exclusiva esta designación que, como es notorio, fue relegada en la Constitución, que prefirió «castellano» atendiendo a la justa reclamación de otras hablas que se sabían dolidas al no ser consideradas explícitamente españolas en el texto constitucional.

Entiendo que la tendencia de los habitantes de Ultramar a preferir «castellano» tiene una explicación análoga por el hecho de que la palabra «español» trasunta un concepto político excluyente, puesto que «España» es el nombre de un Estado, con su sombra de historia imperativa, mientras que Castilla (y «castellano») ha dejado de tener esta resonancia para configurar un concepto meramente lingüístico.

A esta actitud responde también, probablemente, la dificultad de aceptación de «Hispanoamérica». La casi totalidad de los asistentes ultramarinos se ha empecinado en llamarse a sí mismos «lati-

noamericanos». La palabra «Latinoamérica» no se les cae de la boca. Incluso, como en este Congreso, dirigiéndose a un público español, se han aferrado a esta designación confusa, híbrida y despectiva.

Confusa, porque se apoya en una unidad de origen —la lengua de Roma— que se traduce para América en tres sub-unidades: castellano, portugués y francés. Híbrida, por esta misma superposición demográfica. Y despectiva, porque —como veremos en seguida— es una locución norteamericana que señala en bloque, marginándola, a la América que no tiene el honor de ser sajona.

Un reciente artículo, excelente por cierto, de Francisco Morales Padrón, podría aclararnos este punto: «*Latinoamérica* —nos dice— surge en la década de 1860, a raíz del intervencionismo francés en México. "Fue concebida en Francia —dice John L. Phelan— como un programa de acción para incorporar el papel y las aspiraciones de Francia hacia la población hispánica del Nuevo Mundo".

Michel Chevalier fue el vocero del programa pan-latino. Gran viajero, Chevalier había impulsado la idea para que Francia construyese un canal por Panamá (1844). Defensor del expansionismo económico de Francia sostenía estas tesis:

- 1) Europa está dividida en tres grupos raciales: germanos o anglosajones, latinos y eslavos.
- 2) En América se daba la dicotomía anglosajona-latina.
- 3) En Francia era la líder del grupo latino.
- 4) La latinidad se apoyaba como origen común de la lengua y el catolicismo.

ABC 18-VII-79

reforzada para evitar la penetración norteamericana. El proyecto mexicano era contemporáneo del intervencionismo galo en Indochina (1858-63) que tuvo éxito. Francia deseaba hacerse con materias primas y encontrar mercados para sus manufacturas. Por esto y para esto se creó el vocablo *Latinoamérica*».

Queda señalada, pues, la equívoca precedencia del vocablo, que sería aceptable sólo cuando designase conjuntamente la fracción de América que incluye las zonas de habla castellana, portuguesa (Brasil) y francesa (Guayana, Martinica, Haití, el Canadá del Este).

De acuerdo con esta fragmentación cabría, también, reservar el nombre de lberoamérica para la América hispano-portuguesa, y el de Hispanoamérica, en fin, para todo el continente que se expresa en castellano, incluyendo la población «chicana» (Texas, California) y «spanish» (Nuevo México) de los Estados Unidos.

Pero lo evidente es que todas estas razones, tan meridianas, se oscurecen ante esa realidad demográficamente abrumadora que advertimos en la lengua escrita y hablada (discursos, emisiones de radio y televisión) en la que privan las locuciones «Latinoamérica» y «latinoamericano» con que nuestros hermanos de lengua nos han obsequiado hasta la saciedad en el reciente Congreso de Escritores.

Hay, en favor de esta obstinada conducta, las discutibles razones que Morales Padrón ha ofrecido. Pero hay, asimismo, más o menos consciente, una actitud de orullo y de pedantería que intenga marginar a España en su condición de hontanar lingüístico y cultural, para agarrarse a una vaga filiación europea —especialmente francesa— que proporcione una carta de identidad diferenciada.

Quando, en mi discurso de Las Palmas, intenté demostrar que España había ofrecido a América nada menos que el negocio de integrarse en la cultura europea fui acusado de paternalista. Bien; no me importa. Yo sigo pensando que gracias a España, a Portugal, a Francia y a Inglaterra existe la espléndida posibilidad de que todavía hoy el continente americano pueda ser, en el terreno cultural, la prolongación extremo-occidental de Europa. Pero no afecta plenamente a la cuestión central de este artículo.

Guillermo DIAZ-PLAJA
De la Real Academia Española